



Otra mirada a la agenda migratoria de Trump

Por Mónica Sardiña Molina
(monica@vanguardia.cu)

Volvemos a la agenda migratoria de Donald Trump, uno de los pilares de sus dos campañas presidenciales, objeto de órdenes ejecutivas, revuelos en el Congreso, contrapunteo entre autoridades y expertos, rechazo de la sociedad civil y polémicas en la opinión pública.

El pasado 30 de mayo, la Corte Suprema de Estados Unidos permitió a la actual administración republicana revocar el estatus legal —parol humanitario concedido por el antecesor demócrata Joe Biden— que protegía a unas 532 000 personas provenientes de Venezuela, Cuba, Nicaragua y Haití.

Con este fallo, la máxima instancia judicial ratificó la suspensión de todos los beneficios y el riesgo de deportación para más de medio millón de migrantes, en el mismo mes en que respaldó la revocación del Estatus de Protección Temporal (TPS, por sus siglas en inglés) para unos 350 000 inmigrantes venezolanos.

Desde el principio, el actual Gobierno presentó la autodeportación como única posibilidad de vivir el «sueño americano» en el futuro. Ofreció hacer lo más fácil posible irse de EE. UU., habilitó la aplicación CBP Home para tramitar el retorno a los países de origen, y prometió un viaje sin costo, sin necesidad de tener papeles en regla y con la ayuda económica de 1000 dólares para quienes decidan autodeportarse.

Si tales «cortesías» no surten efecto, el presidente dejó claras las amenazas de prisión, multas, confiscación de propiedades, embargo de sueldos, y deportaciones sorpresa al lugar y en la forma en que las autoridades decidan.

El pasado lunes se sumaron la prohibición de la entrada a Estados Unidos para los ciudadanos de Afganistán, Myanmar (Birmania), Chad, República del Congo, Guinea Ecuatorial, Eritrea, Haití, Irán, Libia, Somalia, Sudán y Yemen, y la restricción parcial para los procedentes de Burundi, Cuba, Laos, Sierra Leona, Togo, Turkmenistán y Venezuela, si no poseen una visa válida.

En una clara continuidad de las políticas antimusulmanas de su administración anterior, el magnate alega control deficiente de pasaportes y documentos públicos por parte de algunos de esos países, negativa a recibir de vuelta a sus ciudadanos, estadísticas de personas que permanecen en territorio norteamericano luego

del vencimiento de las visas y riesgo potencial de ataques terroristas.

Aunque esta última razón pierde todo fundamento ante hechos perpetrados por ciudadanos norteamericanos o de naciones que no están incluidas en la lista, el mandatario sigue diciendo que su país se encuentra bajo una invasión de extranjeros que ha dejado una ola de «crimen, vagancia, violencia y muerte», y disfraza la xenofobia de preocupación por la seguridad nacional.

Todo esto ocurre en medio de un panorama violento con epicentro en la ciudad de Los Ángeles: redadas del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés), protestas en comunidades mayoritariamente latinas, represión con gases lacrimógenos y granadas aturridoras, federalización y movilización de la Guardia Nacional sin consentimiento del gobernador del estado de California, Gavin Newsom —suceso que no ocurría desde 1965—, y envío de marines, supuestamente, para proteger a funcionarios e instituciones federales.

Ya no sorprenden la polarización y la selectividad de la narrativa. Lo que en otro lugar —Cuba o Venezuela, por no ir muy lejos— considerarían un ejercicio legítimo de los derechos humanos o la libertad de expresión, y un atropello por parte de las fuerzas del orden, en su propio terreno lo juzgan como invasión, ocupación y rebelión de «los sin papeles» contra la autoridad del Gobierno, y una actitud heroica de la policía y los militares para restablecer la tranquilidad.

Al hablar de lo que han sufrido los migrantes y sus familias con esta campaña de deportación, todos los cuentos se quedan cortos. Miedo, rabia, dolor, ansiedad, pesan sobre las espaldas de quienes entraron atraídos por las «oportunidades» vendidas en todas las presentaciones posibles, y el sueño americano se ha vuelto pesadilla guardada en centros de detención o embalada en aviones militares hacia la base de Guantánamo —en los primeros casos—, Luisiana, una prisión de máxima seguridad en El Salvador o países que no guardan ningún vínculo con el origen de los deportados.

Al calor de una nueva revolución industrial que suplanta la intervención humana con inteligencia artificial y tecnologías de todo tipo en la mayoría de los sectores, la fuerza laboral se vuelve desechable, y emergen los demonios del fascismo y la supremacía blanca dueña de todos los beneficios, que tan lejos habían quedado en la Europa del siglo xx, a las puertas de la Segunda Guerra Mundial.

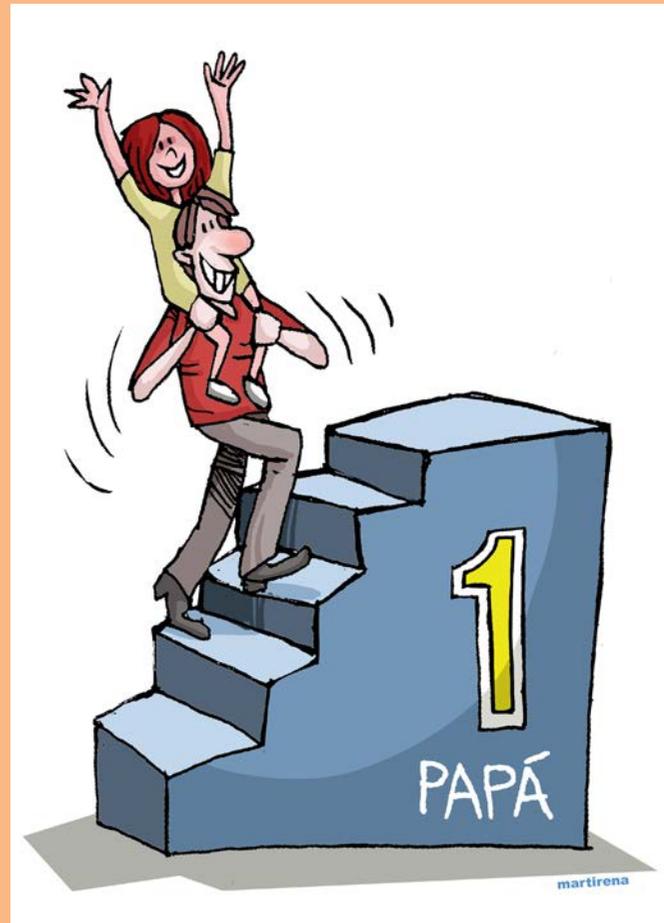
Pero los «daños colaterales» son personas, con familias, derechos, temores, aspiraciones, historias de vida, que no pueden ser expulsadas con campañas intensivas, como si se tratase de una plaga.

Deja mucho que desear el paradigma mundial de la democracia y la libertad.



martirena

El centinela de todos los sueños



martirena



Por Leslie Díaz Monserrat
(leslie@vanguardia.cu)

PIENSAN los niños, en su aterciopelada inocencia, que en las noches, monstruos iridiscentes salen de sus cuevas para perturbar los sueños. Yo también sentí ese miedo paralizante y me hacía un rollito en la colcha para evitar que unas manos peludas me tocaran los pies.

Muchas veces, la mayoría si soy más exacta, corría de mi cama, más rápida que una bala, y me colaba, como un gusanillo, en medio de mis papás. Allí, ponía mis manos en el corazón de mi padre, lo escuchaba latir y sentía que una nube protectora me cubría, una especie de escudo nuclear contra temores y pesadillas.

Así ha sido toda la vida. Me bastan unos ojos verdes, que, como las estrellas de mi cielo, me guían en cada uno de mis pasos. Creo que una sola vez lo he defraudado. Ese día, ni siquiera recibí un regaño por respuesta. Me miró, con toda la decepción del mundo posada en una mueca triste, y ese silencio me rajó en dos, como una puñalada que seccionó los huesos. Una herida para la que no se tienen suturas, vendajes ni analgésicos, porque ¿cómo se sana la tristeza de lastimar a quien se quiere?

En ese instante me cayó encima, de un tirón, la madurez, y entendí tantas y tantas cosas. Desde entonces y, como siempre, él sigue siendo mi Quijote, mi pedacito de ejemplo para seguir creyendo y apostando por las causas nobles.

Siento que soy muy afortunada al tenerlo y lo miro junto a mi hermano, y ellos dos, tan unidos y hermosos, son mi vida.

Cuando me he sentido triste, ahí ha estado él y también ha llorado en mis

alegrías, porque cada segundo importante de mi paso por esta tierra ha sido con mi familia y para ella.

Con mi papá estuve en mis incontables noches de garganta enferma y penicilina, en sus fines de semana de trabajo voluntario. Con él fui a la zafra, a escuelas y campos sembrados, y nunca olvidaré una boda que organizaron en medio de un cañaveral y a la que asistí como «enviada especial» de mi madre, para velar por el orden y la disciplina.

En cada rincón de la infancia tengo un recuerdo suyo. En ese entonces lo veía como un gigante noble y acolchado. Mi lugar preferido del mundo estaba encima de sus hombros, eran mi Kilimanjaro, mis Alpes y mi Pico Turquino.

Para mi padre siempre tendré los brazos abiertos. Jamás ha tenido, ni tendrá, otra queja de su hija. Yo soy su escudera y él mi Quijote. Todos caminamos juntos, y nuestro paso puede ser tan humano como imperfecto, pero siempre, absolutamente siempre, impulsado y custodiado por el más genuino amor.